

CUENTO DE NAVIDAD

(TRAGEDIA NAVIDEÑA)

POR
NUÑO VALLÉS

“Ojalá nunca hubiera existido”.

Recientemente he descubierto que esta sencilla y popular frase, tantas veces oída y más a menudo pronunciada en la intimidad es, si se dice de corazón, un conjuro o reclamo preternatural. De la misma manera que al repetir “Satanás” o “Lucifer” tres veces forzamos la materialización de la encarnación del mal, y aunque divinidades menos exigentes y con ganas de figurar se conformen con ver pronunciado su nombre (y digo “ver” porque escribirlo es suficiente, tanta es su ansia) una única vez, cuando pronunciamos esa frase allá

entrecomillada se aparece ante nosotros un ángel.

Un ángel, esa figura celestial que suponemos indeterminada, asexuada, en ocasiones descorporeizada o meramente cabecialada. Alas de pluma blanca, túnica del mismo color, piel sonrosada, rizos desteñidos, expresión beatífica o pánfila, gloriosamente descalzo, romo de pubis, en definitiva, un ángel. Nada de eso. Quien lo dibujó así nunca tuvo uno ante sus ojos. Gordo, desastrado, mal afeitado, fumador, sucio (un abanico completo: piel renegrida, uñas enmarcadas en roña, pelo grasiento, lamparones de grasa en la ropa), con jersey viejo de rombos, vaqueros y zapatos italianos de imitación con borla y flecos. O puede que a cada uno se le presente un ángel que se le parezca un poco. No soy tan sucio.

¿Qué lleva a un hombre a invocar un ente

numinoso, sea angélico, mefistofélico o de cualquier tipo? Lo más usual es la codicia pero ignoro si por tan vana causa se aparecen nuestros alados gemelos; pienso que, siendo un defecto tan común puede ser, por mor de su generalidad, más una característica del hombre que un defecto. No es extraordinaria tampoco el ansia de poder, siempre ajustada al ámbito en que se mueve el individuo. Creo que la expresión es “gallo del gallinero”. Siempre queremos ser ése, el que más pica y cacarea, e imponer las plumas erizadas de nuestro cuello y alardear de espolón (pero a veces la gallina nos pisa los huevos). En el sanctasanctórum de nuestras células guardamos la pulsión que se desboca por la mujer prohibida, distante o meramente difícil. Los ángeles no pueden acudir a tan corrientes llamadas. Ha de ser un ruego intenso y veraz, que sólo se produzca ocasionalmente y, de cumplirse, implique una consecuencia definitiva. La muerte.

La navidad. Eso nos lleva a invocar a los ángeles. No para que anuncien nada ni obren milagros, sino sólo por exasperación. Este no es el desvarío de un hombre ante la irrupción de lo sobrenatural, son datos, son hechos: es lo incontestable. Un número de lotería demasiado tímido, tras tres horas de cola bajo el frío despectivo de la mañana. El regalo esquivo, inencontrable, del niño. La mujer pendenciera, reclamando desde su nuevo hogar y sus nuevos brazos peludos o depilados, me mantengo en prudente ignorancia. La familia a la que no se quiere ver pero ha de verse, sus reproches, sus consejos. Los amigos que no se ven más que en esas fechas, de año en año, curiosos e impertinentes, a quienes hemos de informar de todas nuestras vicisitudes, de todos nuestros fracasos. La navidad, como a George Bailey, nos desespera y exaspera y arrincona, nos acogota y sacude, nos incendia y nos extingue.

Y nos da por invocar ángeles.

Pero, me corrigió el ángel, sólo si el deseo es de corazón han ellos de mostrarse. Eso es, que cuando yo lo murmuré con la ligereza de quien confía en dominar sus emociones soltándolas como un desahogo, como un meteoro o, en román paladino, como un pedo que facilita la digestión y alivia la sobremesa, no era tan insignificante el lenitivo sino un auténtico ruego y menos una llamada de socorro que una súplica, un ansia real por desaparecer y acabar con mi existencia terrenal y, de ser posible, ultraterrena también.

“Entonces, ¿vienes a mostrarme el mundo como hubiera sido de no haber yo nacido? ¿Cómo todo es peor en ese mundo y mi falta ha perturbado el correcto discurrir de las cosas y perdido a aquellos a quienes quiero o quise? ¿A eso vienes, aunque tienes alas, veo, aunque

grises son alas?”

“¡Cuánto engolamiento y soberbia! ¿Crees que tu presencia o no en este mundo tiene alguna relevancia?”

“¿No es así?”

“Claro que no. Todo seguiría igual en lo más general y amplio, y sólo ligeramente transformado en lo próximo. Tus hijos, por ejemplo, serían suyos y tendrían sus pecas y menores expectativas de calvicie, pero ahí estarían, algo cambiados nada más. No me sorprende que nadie te aguante, ni tú a ti mismo.”

“Entonces, ¿no has venido a convencerme de la importancia de mi existencia, de que retroceda en mi propósito y permanezca en esta realidad, conservándola igual a sí misma?”

“¿He de repetírtelo? Tu presencia aquí carece de relevancia, no afecta en nada al curso de las cosas o al devenir de la realidad. No es posible borrarse. Abandonar sí. Puedes abandonar esto cuando lo desees, y a eso he venido, a levantar acta.”

“¿Sólo a eso?”

“Verás, querido, no es fácil hacer almas. Es costoso y tenemos gran cuidado con ellas. Eso no quiere decir que intervengamos cuando esta o aquella alma se ensucie o emplee indebidamente. Después de todo, sabes que hubo un Sila, un Hitler y demasiados pedófilos. Hace tiempo que decidimos desatenderos en ese sentido, pues ello implicaría interferir con el libre albedrío, el sistema de compensaciones y castigos, el ojo por ojo, el Juicio Final y tantas y tantas instituciones y estructuras celestiales. Por

no hablar de la burocracia que habría que mover (¿acaso pensábais que eso lo habíais inventado vosotros?) y de las disquisiciones filosóficas y teológicas inagotables, irresolubles y aburridísimas que implicaría nuestra intervención en vuestras decisiones y acciones. Nosotros, por fortuna, sólo tomamos nota.”

“A ver si alcanzo a entender... Concedes que el alma es algo valiosísimo pero sin influencia sobre las cosas, que no importa si se pierde pero dejáis constancia de su perdición. ¿Es eso?”

“No, no. Tu alma no importa, hay otras que sí. Jesucristo (y no me interrogues, no tengo autorización para responder) influyó sobre la realidad y su alma importaba. Como la de Siddharta, o la de Lutero o la de Meucci, que por si no lo sabes inventó el teléfono; aunque, en su caso, debería arder en el infierno. De todos modos las almas se reciclan, si yo estoy

aquí ahora es sólo por motivos de contabilidad.”

“Pues no lo entiendo.”

“Pues no me extraña.”

A todos nos cuesta asumir nuestra propia irrelevancia, aún a los apocados les es costoso. Puede que ver a nuestro gemelo angélico ayude, en cuanto imagen algo esperpéntica (no estoy tan gordo) de nosotros mismos. Eso suele decirse tras un momento de iluminación o epifanía, que al verse uno reflejado en el carácter de un personaje o en el ademán similar de un desconocido repara en su propia imperfección, y lo hace de manera intensa porque carece de mecanismos de defensa para lo atisbado más allá de sí mismo, para ese defecto que tantas veces ha observado en su propia conducta pero que ha sepultado bajo excusas y justificaciones o directamente

negado, infantil e irresponsablemente. Por mi parte no estaba dispuesto a reconocer mi insignificancia, pero tampoco el ángel estaba dispuesto a concederme ni un ápice de valor.

“Pero yo he hecho cosas. Escribí esa novela y alguna gente la leyó, y si alguien lo hizo no sería raro colegir que les afectó al menos en cierta medida”.

“Tu novelita disgustó a todos, incluso a quienes, por cortesía, la alabaron públicamente”.

“No puede ser.”

“Pues lo es. Los ángeles no podemos mentir, del mismo modo que los humanos no podéis comprender la sustancia divina”.

“¿Y mis hijos? ¿Tampoco he tenido impacto alguno en ellos? ¿No han aprendido nada de

mí? ¿No han recibido una orientación positiva por mi parte?”

“Los pobres, sí. Tranquilo, eso se cura con tiempo. Y, quizá, con algún medicamento y varias sesiones de psicoterapia.”

“Realmente has venido a levantar acta y no a disuadirme.”

“Ya te lo dije. Y por favor apresúrate. En esta época del año tenemos una sobrecarga de trabajo considerable y aun teniendo cierto dominio del tiempo nos cuesta cuadrar horarios. Al final, inevitablemente, dejamos trabajo por hacer.”

“¿Eso qué significa? ¿Que no tomáis nota o que impedís el suicidio por no poder registrarlo?”

El mero hecho de poder pronunciar “suicidio”

en Nochebuena me sugirió que mi decisión perdía vigor; no así el ángel, que respondió muy serio:

“Si tuviéramos tiempo para impedirlo, mucho más para anotarlo. Además, ya te dije que no interferimos.”

“Pues ahora lo estás haciendo, aunque no sé muy bien cómo. Me has machacado de lo lindo, pero ahora ya no estoy tan seguro de seguir adelante.”

El ángel arrugó los morros en una expresión inquietantemente familiar de fastidio. Verlo ahí, verme ahí, con la libreta en una mano y el bolígrafo en la otra (mostrando que el aprecio por la tecnología no es universal sino sólo humano: cabría esperar, al menos, una tableta) me hizo reconsiderar muchas cosas. Nunca fui un adonis, pero eso que tengo ante mí es

esperpéntico. Sandra insistió en alistarme a ese gimnasio de las grandes cristaleras, en plena avenida, y no sé cómo imaginó siquiera que sudaría la gota gorda como una bestezuela del zoo, expuesto a las miradas no sólo de los mastuerzos musculados, sino de la piltrafa general que entierra sus propias minucias bajo juicios fugaces: “mira a ese gordo degañitándose en la elíptica”. Si al menos hubieran puesto cortinas... tampoco habría ido. Ni siquiera lavo mi ropa, sólo mi hermana que se apiada de mí pero no puede estar aquí cada día. En el colegio me horrorizaba mancharme. Si jugábamos en el suelo yo me acuclillaba, sólo yo, y las mamás me ponían de ejemplo ante la mirada indiferente de mis compañeros. A Sandra, claro, se le agotó la paciencia pero, ¿para qué iba a vestirme o a afeitarme o a correr estúpidamente en una cinta que no lleva a ningún lugar? La culpa es de los poetas, que nos convencen de que el amor es eterno e inagotable

pero resulta ser frágil e inconsistente, se funda en retazos de bruma y, al menor soplo de aire, se deshace.

Escucho mi voz en sus labios y me parece petulante. Nunca tuve virtudes dialécticas, pero sí palabrería de sobra. Cualquier argumento me derrotaba sólo si no era capaz de sepultarlo con un aluvión de palabras. Hablaba demasiado y siempre con soberbia. Pertenecía a ese molesto grupo de personas que se sienten capaces de corregir al médico su diagnóstico, de enmendar al entrenador su táctica, de explicar a un filósofo el sentido de la duda. En realidad me daba perfecta cuenta de ello, aunque estaba demasiado lejos para actuar; por ello peroraba y peroraba, aburría y aburría, y me iba quedando solo. A Sandra, al principio, la encandilé; me escuchaba referirle mitos griegos o anécdotas de escritores o episodios históricos u opiniones frívolas y trilladas. La dejaba admirarme

sabiendo que, algún día, caería en la cuenta de mi mediocridad. Luego lo olvidé o llegué a creer mi propia fantasía. Y, claro, el momento llegó y yo no estaba ya preparado para encajar tal gancho en el hígado. Ya me había noqueado mucho antes de terminar el combate.

“Ahora no puedes echarte atrás, ya estoy aquí.”

“¿Y qué mas da? Te vuelves y punto.”

“No, querido, no funciona así. Tendría que presentar un informe excusando mi error y eso es una mancha muy fea en el expediente. ¡Es un error de principiante, de principiante!”

“¿Qué error?”

“Tú dijiste eso de corazón, realmente querías dejar este mundo.”

“Sí, creo que sí, pero ya no.”

“¿Ya no?”

“No sé qué será, si has sido tú o me he arrepentido sin más o ha caducado mi decisión, pero no quiero desaparecer de sus vidas. Soy tan insignificante que serlo más aún, reducirme a polvo o a un nombre que se olvida lentamente, se me hace inadmisibile.”

“En cualquier caso, ya no puedes echarte atrás. He visto muchos suicidios y es muy fácil si se quiere, ni siquiera hay que sufrir. Rápido, limpio e indoloro, yo te puedo ayudar. Hace un par de meses, no tengo aquí la ficha ahora, registré el de un tipo que, era médico, se inyectó potasio y nadie cayó en que se había provocado la muerte, sino que todos pensaron en un síncope o algo parecido. Ni se enteró, saltó al otro lado con una sonrisa y la reputación

intacta. Hasta los pacientes le lloran. No sé si podremos conseguir algo así, pero hay muchas maneras, muchas. Si te arrojas por una ventana lo bastante alta, el miedo te mata antes de llegar al suelo. Pero, claro, hay quien tiene miedo al miedo. Es una forma de dolor, también. Puedes subirte a la sierra y sentarte en la nieve. La cota ha bajado a los mil metros y nevará en las cumbres, seguro. Es muy apropiado en esta época y el sujeto se apaga dulcemente, como hipnotizado. Aunque en estas fechas la gente es más tradicional: mete la cabeza en el horno, se cuelga de una viga, se arroja de un puente o se hincha de pastillas como si fueran polvorones. Pero nada de eso te va a ti, tu personalidad es más retorcida. ¿Y si te haces matar? Buscas pelea y que te apaleen hasta morir.”

“¿Eso no sería demasiado doloroso?”

“Piensa en lo feliz que harías a tanta gente.”

Fue entonces cuando eché a correr. No hubo una orden previa ni un plan ni decisión adoptada con o sin deliberación. Sólo huí. Por fortuna estaba vestido, llevo vestido tres días, la misma ropa que no me he quitado ni para dormir. La misma ropa que, si olvidamos las alas, luce él, que viene detrás empleando un lenguaje infernal. Señalo mi fortuna pues una de mis pesadillas recurrentes es esa consabida, en la que salimos a la calle desnudos o en pijama, o descalzos, o nos presentamos a una fiesta disfrazados de conejita y nos reciben, bien trajeados, todos aquellos personajes que en nuestra vida adoptan el papel de villanos. Soy vulgar hasta en mis sueños, pero no por ello quiero dejar este mundo.

En la calle todo era jolgorio. Faltaba la capa blanca y crujiente, no vivía en una película americana. Las aceras estaban sucias como

suelen y había mierda de perro cada pocos pasos, pisada y arrastrada por algún afortunado que tendría que dejar sus zapatos en la ventana esta noche. Había muchos borrachos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, también niños. Me confundí entre ellos. Miré varias veces atrás sin verle; caí en la cuenta, lo busqué arriba y ahí estaba, sobrevolándonos a una distancia prudente, camuflado gracias a sus alas y mi atuendo en el cielo plomizo que comenzaba a entenebrecerse. La gente cantaba, reía, vomitaba: era Nochebuena. Los niños debían estar viendo la tele, junto al árbol adornado, mientras ella y él lo preparaban todo. Él no estará aquí vomitando, él es perfecto y sus brazos peludos van al gimnasio, los lleva consigo. Habrá un trenecito dando vueltas bajo el árbol y gorgoteará una fuente en el belén. Habrá canapés ingeniosos de huevo de codorniz y calabaza, de manzana ácida con foie gras, de solomillo con algo suficientemente raro, todo

asqueroso pero alabarán los matices, las texturas y la audacia. Me lo estoy inventando, no sé si él es de esos. Sé que los niños están mirando la tele embobados, eso sí lo sé.

Tras dos o tres esquinzos y sin salir de la zona de marcha miré al cielo y lo encontré vacío. Había anochecido por completo mientras me escabullía y descendía un frío navideño de la bóveda celeste despejada y mate, urbana. Había salido sin abrigo y la garganta, de engullir ese aire helado a bocanadas, me rechinaba. Estaba desabrigado y desterrado y acosado por un ángel empeñado en mi suicidio. Hice lo único que podía hacer y me dirigí raudo a los grandes almacenes, el epicentro de la Navidad, su capital espiritual. Las hordas lo dominan, pero si se humilla la cabeza y no se realizan movimientos innecesarios ni llamativos se puede salir indemne. Las hordas saqueaban los últimos estantes con desenfreno, llevados por el

ansia apocalíptica de los minutos postreros de compras; los dependientes cansados, apaleados, tan hostiles como sus agonistas, se parapetaban tras sus mostradores y rehusaban siquiera mirar a los bárbaros más desconcertados: finalmente eran localizados y apresados y las mercancías arrancadas y embolsadas. El saqueo estaba próximo a su fin y, conforme se acercaba éste, el frenesí se intensificaba. Allí no era nadie, aunque por poco que un observador atento se fijara en la escena advertiría la nota discordante, el conquistador afligido, aplacado. Entre los niños histéricos que desenvolvían juguetes, las mujeres que se pintaban capa tras capa de barniz y los hombres que suspiraban aburridos o soñaban con su taburete predilecto, era ilocalizable.

Todo lo bueno ha de terminar y, llegada la hora, los invasores cargaron su pillaje y regresaron a sus poblados, a celebrar el banquete y

agradecimiento a los dioses. Fuera se dispersaron, dejándome solo; la tela metálica se cerró a mis espaldas con un chasquido carcelario. Aún se movían sombras aquí y allá, pero el fragor de la víspera de Navidad se difuminaba. La solemnidad de la Nochebuena cobraba nuevo vigor y, con ella, se apagaban los villancicos más vocingleros y las gentes se recogían al son de “Noche de Paz” o “Adeste Fideles”. Sin embargo, a la vuelta de la calle aún se sentía algo de jolgorio. Conforme me acercaba la música vivaracha me traía dulces recuerdos. Allí fui llevado por mi padre tantas veces, encaramado a sus hombros como el vigía de un barco pirata, igual que tantos y tantos niños que llenaban la plaza, absortos, anulados por la fantasía que presenciaban. En la inmensa fachada del centro comercial coloridas figuras de cartón piedra cantaban y bailaban, con sonrisas cinceladas y voces metálicas. Había duendes, de los que fabrican incansablemente

juguetes para Papá Noel y renos que los cargan en penosos viajes y muñecos de nieve cuyos sombreros les hacen humanos, cuántos de éstos hacen falta para tantos Homo sapiens deshumanizados. Había animales como búhos y osos con bufandas y gorros de lana, y peces admirablemente secos, y un dragón bonachón y decepcionante. Había también un elfo malo, y un hechicero bueno, y como no estaba Papá Noel, gordo, reluciente y triunfante en el centro del emperifollo.

El espectáculo estaba por terminar y no pude seguir la narración que justificaba la peregrina mezcla de criaturas míticas. Papá Noel reprendía al malvado elfo y a su gato por haber intentado arruinar la Navidad, mientras dos niños, macho y hembra, asentían: ellos debieron salvar, en esta ocasión, la festividad mayor de la infancia: cuando reciben más regalos, muchos más que en un día cualquiera. Entonces, de lo

alto de un monte pelado, el ángel anunciador desplegó sus alas y se abatió sobre la multitud; mas, dejándose de nuevas, me tomó por los hombros y remontó el vuelo entre los aplausos y alabanzas de los niños. Sobrevolamos la ciudad que, desde lo alto, parecía más desordenada aún que a ras de suelo. Numerosas chimeneas nos ahumaron al pasar. Debo decir que aquel paseo, haciendo de tripas corazón, resultó agradable. Dicen que el vuelo es el mayor sueño del hombre, del que la aviación es mero sucedáneo, la masturbación aérea. Consciente de las aviesas intenciones del numen, el cosquilleo de pánico en el sacro se asemejó bastante a los momentos previos al orgasmo y, en ese sentido, algo de cierto tiene la erótica comparación que formulé, dicho sea de paso, en el mismo momento de sufrir la sensación que la originaba: tan intempestivo soy, siempre.

Sin embargo, el ángel no me dejó caer. Aquello

habría supuesto una acción directa, mancharse las manos de sangre y quién sabe si eso implicaría la pérdida de las alas y la degradación a la clase de tropa, la que sí tiene que recomponer egos y recrear ficciones o hechos realmente ocurridos con intención moralizante. En cambio, el ángel me llevó a lo alto de una alta torre, en cuya azotea sí había briznas de nieve virgen. Sucede que, en las partes altas de la ciudad y en los pisos más elevados de sus edificios a veces se ven algunos copos, aunque se deshagan antes incluso de tocar la calle. El frío ahora me fusilaba a placer a través de mi escasa ropa y, si el ángel no se apresuraba a suicidarme, los bichitos de la pulmonía harían el trabajo sucio. El ángel chasqueó la lengua despectivamente y caminó de lado a lado, recriminándome la actitud en silencio. Por fin se decidió a hablar.

“Puedo entender tu temor tanto como comprendo a quienes desean tu definitiva desaparición. Eres molesto e inoportuno y, de no haber sido alumno de Job, seguramente yo mismo te habría matado. No temas a la muerte. Te ayudaré para evitarte, en lo posible, el dolor del cuerpo que se aferra a la vida y chilla ante su final. El alma, como te he dicho, se reciclará y volverá al mundo para habitar otra carne terrenal, seguramente más afortunada. Sé generoso con ella, dale otra oportunidad. Volverás.”

“¿Me acordaré de esta vida? ¿Podré sentirme afortunado de poder disfrutar de un nuevo intento?”

“No, tu existencia se borrará por completo, no habrá recuerdo o memoria de ti en el alma. *Tabula rasa.*”

“En ese caso, no sería yo. Somos simples discos duros que formateáis allá arriba e instaláis luego en un nuevo equipo. Es muy triste. Además, está pasado, ahora todo se hace en nube.”

“¿Qué quieres enseñarnos a nosotros sobre las nubes, que vivimos en ellas eternidades enteras, a veces más? Yo mismo, que tengo una graduación baja, tengo tres cumulonimbos, yo invierto, querido, invierto pensando en mi futuro. Lo tengo muy estudiado y cuando se hayan revalorizado a base de bien las venderé con sobreprecio y disfrutaré de unas alas de primera. Entre los querubines, sin unas buenas alas no eres nada, no te comes una rosca.”

“Bien, bien. Perdona que te interrumpa pero, ¿qué vamos a hacer? Me muero de frío.”

“No, eso aquí llevaría demasiado tiempo y ya he perdido demasiado. Tengo que acudir a

Chicago y a Estocolmo. Estoy de la jodida Venecia del Norte hasta... Pero no nos desviemos, lo tuyo va primero. ¿No quieres tirarte desde aquí? La altura es buena.”

“No, tardaría mucho, me pasaría la película de mi vida un par de veces y ya la he visto, es aburrida y las escenas de sexo poco excitantes, muy corrientes. Aunque el último capítulo tiene interés.”

“Me halagas.”

“Tú has visto mucho, debes poder aconsejarme bien. No quiero fallar, ni palmar como un gilipollas, como aquél que no calculó bien ni la longitud de la cuerda, ni su elasticidad, ni la resistencia de los herrajes del radiador al que se ató antes de arrojarse por la ventana, ¿te enteraste?”

“¡Cómo no, qué capullo! Llegó al suelo y la cuerda le sostuvo lo suficiente como para, en vez de matarse, romperse todos los huesos y sobrevivir hasta que el radiador, que era de hierro, cedió y se le vino encima, rematándolo. No me tocó a mí pero me habría gustado presenciarlo; cada vez que leo ese informe me descojono. Mira, muchos fallan las primeras veces, pero la clave de estas cosas está en la perseverancia. Intentarlo una y otra vez, pese a la vergüenza, la humillación y el dolor, y perseverar hasta triunfar mortalmente. Los mejores siempre han sido los japoneses, tienen estilo y son muy eficaces. Me quedo con su fórmula antigua, el *seppuku*, ya sabes, rajarse la barriga primero en horizontal, luego en vertical y, si aún se sobrevive a eso, esperar el remate del *kaishakunin*.”

“Como Mishima.”

“Hombre, que tuvo una muerte bien ridícula. Disfrazado como un fantoche, escuchando las carcajadas y los insultos de las Fuerzas de Autodefensa y finalmente tajado como una gallina por un ayudante incompetente, con la cabeza colgando hasta que Koga cumplió con el deber ajeno. Él, que elevó el suicidio a la categoría de arte en su obra, sufrió aquella bufonada degradante. Es bien triste.”

“Sí.”

Un reloj cercano dio las nueve de la noche. El rey debía de estar ya de henchido de orgullo y satisfacción en los hogares de todos los españoles.

“Es hora de ir terminando.”

“Sí.”

Valoramos algunas posibilidades, ninguna satisfactoria. Entretanto, ideaba para mis adentros rutas de escape y planes de salvación, pero en aquellas elucubraciones había un componente fantástico, en todo similar al que acompaña a los sueños de grandeza que nos producen el boleto de lotería o el nombre elegante y sugerente de un pura sangre inglés. Mentalmente, ese deportivo y ese chalé con forma de cubo de Rubik histérico son tuyos, pero la voz interior de tu madre te recuerda quién eres y lo que vales, y a lo poco que, en realidad, puedes aspirar. Y así, esa voz interior me insistió hasta convencerme de que era mortal y de que iba a morir. Por ello, pedí al ángel que me borrara la memoria en cuanto saltase al vacío, y le convencí de que aquello no era ninguna interferencia, porque yo había decidido ya mi acabamiento y desaparición y la forma en que acabaría y desaparecería para siempre, y que de no haberlo decidido sería

igual, porque notaba cómo la enfermedad se gestaba en mis pulmones y, en el estado anímico en el que me encontraba, de no arrojarme por aquella azotea nevada me dejaría morir en la soledad de mi casa para ser hallado, dentro de varios días, obscenamente corrompido. A cambio, me pidió que escribiera yo el informe, para lo que me entregó su libreta y su bolígrafo. Visto de cerca resultaba curioso. La mitad del objeto la ocupaba la frase “Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad” extendida sobre un pergamino sostenido por un querubín pero, si le dabas la vuelta, el mensaje se borraba y dejaba ver la desnudez del querubín. Con sólo tenerla en las manos este relato comenzó a escribirse solo y, encogiéndome de hombros, me arrojé al vacío.

Durante la caída, mientras se borraban mis recuerdos y mi identidad, observé fiestas y brindis y árboles de navidad en aquellos

mortecinos despachos, y a una pareja sudando sobre una mesa cubierta de carpetas y documentos que comenzaban a empaparse de amor. No sé quién es Sandra, pero recuerdo su nombre.

Antes de sumirme en las sombras logro transcribir la sarcástica alabanza del ángel:

“Lo has hecho bien, a pesar de las dificultades. Quizá, después de todo, sí que tenías remedio.”

Madrid, 20-22 de diciembre de 2011